

tantes otros defectos, en tanto que así hablaba el viejo, le quitó de las manos la partesana, y se la dió al duque de Buckingham, diciéndole: — Lo que tocó la mano de Coleby, no puede deshonrar ni la vuestra ni la mia, milor; y le debeis esta satisfaccion. Hubo un tiempo en que, con menos provocacion, os la hubiera roto en los cascós.

Inclinóse profundamente el duque, avergonzado é irritado, y tomó la primera ocasion de dejarla, poniéndola contra un pabellon de armas. El rey no advirtió este movimiento de desprecio que probablemente le habria disgustado, visto que se hallaba por el momento ocupado enteramente con el veterano. Obligóle á que le tomará el brazo, y le llevó él mismo á una silla sin permitir que nadie le ayudase.

— Descanse vm. ahí, valiente y antiguo amigo mio, le dijo, muy pobre debería ser Carlos si consintiera que llevaseis una hora mas esa casaca.— Estais descolorido, mi querido Coleby, y poco tiempo ha estabais tan encarnado. No penseis en lo que os ha dicho Buckingham, nadie hace caso de sus locuras;... pero, ¿qué

es esto! ¡ habeis perdido mas el color! Vamos, vamos os habeis agitado mucho con este encuentro. No os arrodilleis ni levanteis, estaos quieto en esa silla, os mando que descanséis hasta que yo dé una vuelta por la sala.

El anciano caballero bajó la cabeza para indicar sumision á las órdenes del soberano, pero no volvió á levantarla. La commocion que padeció produjo en él un choque demasiado violento para un espíritu tan abatido por largos padecimientos, y una salud tan quebrantada. Cuando el rey volvió despues de media hora acompañado de su comitiva, en busca del veterano, al sitio donde le habia dejado, estaba ya muerto y casi frio, en posicion de un hombre profundamente dormido. El rey se conmovió claramente á vista de tal espectáculo; solo tartamudeando, y con voz amortiguada mandó se depositarán honorificamente sus restos en la capilla de la Torre. Calló despues hasta que llegó á las gradas del arsenal, donde los que componian su cortejo comenzaron á reunirse luego que le vieron llegar, habiéndose presentado al mismo tiempo algunas personas de un

exterior respetable, atraídas por la curiosidad.

— Esto es horrible, dijo el rey. Se hace indispensable que pongamos todos los medios para consolar á los miserables, y premiar la fidelidad de nuestros antiguos servidores, só-pena de que maldiga la posteridad nuestra memoria.

— Muchos planes como estos se han propues-to en los consejos de Vuestra Magestad, dijo Buckingham.

— Eso es verdad, Jorge, respondió el rey, y yo puedo decir con seguridad de conciencia, que nada tengo de que acusarme, pues que pienso en esto hace ya bastantes años.

— Por mucho que se piense en esto, nunca se piensa demasiado, replicó Buckingham; ade-mas que cada año viene siendo mas fácil de cumplir este encargo.

— Sin duda, dijo Ormond, porque viene á menos el número de los que sufren. Ahí está el pobre Coleby que ya dejó de ser grayoso á la corona.

— Es vm. demasiado severo, milor, dijo el

rey; debía vm. tener mas miramiento por una sensibilidad que ofende. No puede vm. supo-ner que hubiéramos permitido quedara este bravo sugeto en situacion semejante, si hubié-ramos sabido el estado en que se hallaba.

— En ese caso, señor, por el amor de Dios, respondió el duque de Ormond, volved los ojos que se fijaron compasivos en el cadaver de un amigo antiguo, á las desgracias de otros. En esta Torre está encerrado el valeroso sir Geof-frey Peveril del Pico, que se mostró, mientras que duró la guerra, por dó quiera que había golpes que recibir, y que fué, segun creo, el último en Inglaterra que dejó las armas. Aquí está con su hijo, de quien oigo hablar como de un joven esforzado, y de talento. ¿Y que diré de la desgraciada casa de Derby? Por compa-sion, señor, salvad estas víctimas complicadas en los senos de esta hidra de la conspiracion que trata de oprimirlos. Ahuyentad á esos ti-gres que intentan devorarlos, y burlad las es-peranzas de las harpías que desean distribuirse los despojos. Hoy hace ocho dias que se destinó á esta desgraciada familia padre é hijo á sufrir

un juicio por crímenes de que están inocentes, me atrevo á decirlo, tanto como puede estarlo cualquiera de los que se hallan ahora en vuestra augusta presencia. Por amor de Dios, Señor, prometednos la esperanza de que si las prevenções del pueblo los condenan, como sucedió á tantos otros, interpondreis vuestra autoridad, como el último medio entre los asesinos y sus presas.

Hallóse el rey al parecer confuso y en efecto lo estaba.

Habia entre el duque de Buckingham y el de Ormond una perpetua enemistad que era casi mortal. El primero trató de hacer una diversion en favor de Carlos.

— No le faltarán á Vuestra Magestad objetos en que emplear su beneficencia real, dijo él, mientras que el duque de Ormond esté cerca de su real persona. Lleva la manga del corte á la moda antigua, para llenarla de una buena provision de caballeros antiguos arruinados, y sacarlos de ella en caso de necesidad, tropa verdaderamente curiosa de antiguos esqueletos con la nariz envinada, cabeza calva, talle

desgarvado, repertorio vivo é implacable de historias antiguas de Edgehill y de Naseby.

— Convengo en que el corte de mi manga es de antigua moda, dijo Ormond encarado en Buckingham; pero no llevo pegados á ella ni espadachines ni asesinos, milor, como los veo junto á las casacas de última moda.

— Esa viveza es demasiada, en nuestra presencia, dijo el rey.

— Y si pruebo lo que adelanto, señor, respondió Ormond. — Milor, añadió volviéndose á Buckingham, ¿me hará Vuestra Señoría el favor de nombrar el individuo con quien habló al desembarcar?

— No hablé con nadie, respondió el duque apresurado. — Perdonad. — Me engañé. Ahora me acuerdo de que vino uno á decirme una palabra al oido, advirtiéndome se hallaba todavía en Londres un sugeto con quien tengo un negocio, y que pensaba fuera de la ciudad.

— ¿Y no es aquel el hombre que habló á vm.?<sup>o</sup> le preguntó el duque, señalando con el dedo á un individuo de entre la multitud, hombre alto, moreno, embozado con una capa, de sombrero

gácho y alas grandes con una espada larga á la cintura segun la moda española, en una palabra el mismo coronel á quien Buckingham habia encargado siguiese los pasos de Christian para impedirle volver á Londres.

Siguieron los ojos de Buckingham la direccion del índice de Ormond, y se puso tan encarnado, á pesar de sus esfuerzos, que lo notó el rey.

— Jorge, le dijo él, ¿qué nueva locura es esa? Caballeros, haced que avance ese hombre. Por vida mia, que tiene traza de un legitimo espadachín. — ¿Quién eres, amigo? Si eres hombre de bien, se olvidó la naturaleza de marcártelo en la frente. ¿Hay aquí alguno que le conozca?

Indicaban sus facciones  
Un hombre sin honor.  
Y si algun poco tuviere  
¡Será gran impostor!

— Le conoce mucha gente, señor, respondió el duque de Ormond, y este hombre que tenemos presente con la cabeza en los hombros, y

libre de prisiones, se cuenta como una prueba entre mil de que vivimos bajo el imperio del príncipe mas clemente de toda Europa.

— ¡Qué diablo es eso, milor! exclamó el rey, sepámoslo de una vez, ¿quién es este hombre? Vuestra Señoría habla como un esfinje. Buckingham se corre, y este bribon no habla palabra.

— Este hombre de bien, señor, respondió Ormond, á quien ha vuelto mudo su modestia, bien que no es capaz de avergonzarle, es el famoso coronel Blood, ó por lo menos se da este nombre, es el mismo que aun no hace mucho tiempo, y en esta misma torre intentó robar la corona de Vuestra Magestad.

— Es una hazaña que no se olvida con facilidad, dijo el rey, pero si vive aun el tunante, es una prueba de la clemencia de Vuestra Señoría tanto como de la mia.

— No puedo negar haberme visto entre sus manos, señor; y ciertamente me hubiera quitado de en medio si hubiese querido, dejándome en el sitio, en lugar de reservarme para

que me ahorcarán en Tiburn, honor que le agradezco. Bien pronto hubiera sido despachado, si me hubiera juzgado digno de una puñalada ó de un pistoletazo, ó de cualquier otra cosa que un cabo de cordel. — Miradle, ¡señor! si se atreviera el miserable, diria en este momento, como Caliban \* en la comedia: — ¡Oh! ¡ojalá que lo hubiera hecho\*\*!

— Por vida mia, milor, tiene una sonrisa tan pérfida que parece decirlo así. Pero él logró nuestro perdon así como el de Vuestra Señoría.

— Habiame parecido poco puesto en razon, señor, mostrar rigor persiguiendo un atentado contra mi pobre vida, cuando fué del agrado de Vuestra Magestad perdonar la osada é insolente empresa de robar su corona real. Pero debo mirar como un rasgo de impudencia sin igual en este desvergonzado maton, sea quien

\* *La Tempestad*, de Shakspeare.— Ed.

\*\* Se salvó el duque de Ormond, porque le libraron sus amigos cuando le llevaban á Tiburn, donde debian ahorcarle. Hubo sospechas vehementes de que el duque de Buckingham pagó á Blood para que cometiera este asesinato. — Ed.

fuere por ahora su protector, el arrojó de presentarse en la Torre, que fué teatro de una de sus iniquidades, y delante de mí que tan cerca estuve de ser víctima de otra.

— Eso es lo que no sucederá otra vez, dijo el rey: — Oyes, Blood, ten cuidado con lo que te digo, malvado: si te atreves otra vez á ponerte en nuestra presencia como lo acabas de hacer ahora, el cuchillo del verdugo te andará cerca de las orejas.

Inclinóse Blood con una serenidad propia de sudescaro, que hacia honor á su insensibilidad, y respondió que por acaso habia venido á la Torre para dar parte á un amigo de un negocio importante. — Su Señoría el duque de Buckingham, anadió, sabe que yo no tenia otra intencion.

— Retírate, infame, malvado, exclamó Buckingham, tan descontento de que pretendiese Blood tener conocimiento con él, como avergonzado estaria un joven de calidad, pero desarreglado, que pasó la noche con otros de clase inferior, al ver que uno de ellos se juntaba con

él estando en una sociedad honrada: si vuelves á tomar en boca mi nombre, haré que te arrojen al Tamesis.

Blood, aunque tan bruscamente lanzado, hizo con serenidad una cabriola la mas insolente, y efectuó muy á su placer y con sosiego su retirada; ¡mirábele todo el mundo como un monstruo de maldad, tan conocido era por todos como capaz de todos los crímenes! Algunos le siguieron para verle de mas cerca, como se juntan los pájaros al rededor del buho que se atreve á mostrarse por el día. Pero asi como la gente de pluma tiene buen cuidado de quedarse fuera del alcance de las garras y pico del ave de Minerva, así tambien los que iban tras de Blood, mirándole como pajaraco de mal agüero, cuidaban de no encontrarse con una sola mirada suya, y de evitar la que les dirigia alguna vez, como si fuera un dardo envenenado contra los que se le acercaban. Caminó de este modo cual lobo alarmando que no se atreve á huir, y temiendo pararse hasta llegar á la puerta de los Traidores. Allí poniéndose á bordo de una barca que

le aguardaba, desapareció luego de la vista de los curiosos.

Carlos deseaba borrar todo recuerdo de la presencia inopinada del tal malvado: dijo seria lo mas vergonzoso que un inicuo reprobado fuese motivo de discordia entre los dos principales señores de su corte, y acabó por mandar á los duques de Buckingham y de Ormond que se diesen las manos, y olvidaran un altercado, cuyo motivo era tan poco digno de pensar en él.

Buckingham respondió con frialdad que los cabellos blancos respetables del duque de Ormond le permitian anticiparse hácia la reconciliacion, y le alargó la mano. Ormond se contentó con saludar, y dijo no tenia el rey que temer se turbase la corte por su resentimiento, pues que no le era posible lograr ni veinte años menos del tiempo, ni del sepulcro que le volviera su valiente hijo Ossory. En cuanto al salteador que se atreviera á presentarse en este sitio, reconocia deberle obligaciones, pues que viendo podia extenderse la clemencia de Su Magestad hasta el mas infame de

los criminales, tenia por tanto mas esperanza de conseguir el favor del rey para sus amigos inocentes, que gemian en la prision, expuestos á los mayores peligros, en razon de la odiosa acusacion dirigida contra ellos.

El rey no respondió á esta observacion, sino dando orden de embarcarse para dar la vuelta hácia White-Hall, y se despidió de los oficiales de la Torre, dándoles las gracias por la exactitud en llenar sus deberes, de un modo que nadie pudiera expresar en términos mas propios. Dióles al mismo tiempo órdenes rigurosas y precisas para la defensa de la importante fortaleza confiada á sus cuidados y de cuanto habia en ella.

Al llegar á White-Hall, antes de separarse del duque de Ormond, se volvió de repente á él, y le dijo como quien acaba de tomar una resolucion definitiva. — Esté seguro, vuestra señoría, mior, que no me olvidaré del asunto de nuestros amigos.

En la misma noche recibieron el procurador general, y North, presidente del tribunal de Plaid-Communs, órdenes secretas de pre-

sentarse á Su Magestad, para un asunto importante, en el cuarto de Chiffinch, centro general de todos los negocios de estado, como de las intrigas amorosas.